

MI GRAN NOCHE

Aquella noche me vestí de luto sin saberlo. Había dedicado buena parte del reloj arreglándome. Llevaba los labios pintados de rojo, delicadamente los había delimitado con un lápiz y coloreado con la misma precisión que el *eyeliner* que me enmarcaba los ojos. Un juego de sombras me vestía los párpados y el rímel alineaba mis pestañas. No obstante, lo más importante de lo que llevaba puesto esa velada era el brillo en mis ojos y la sonrisa afilada, todo a conjunto con la energía que un sábado por la noche aporta a un cuerpo joven.

Recorrí las calles con las farolas y la luna alumbrando como clavaba el tacón de las botas sobre los adoquines tallando mi rumbo, a pesar de que en lo que respectaba a planes vitales lo hacía improvisando. Llegue al bar de siempre, donde me reuniría con mi grupo de amigos. Amistades hechas lentamente a lo largo de la vida, colegio e instituto, aunque la universidad nos distanciase sobre los mapas. Chicos y chicas lo conformaban de forma heterogénea. Mantenía con algunos mayor afinidad que con otros, aunque/pero con todos me llevaba bien. Con los que más había compartido más nos podíamos reconocer hasta por la sombra. Mis tres mejores amigos, Inés, Lucas y Leire.

Pedimos cada uno lo de siempre y rellenamos un par de mesas en el piso superior del local. Agotamos sillas y tapizamos los respaldos con los abrigos.

Poco a poco la noche fue transcurriendo entre canciones de letra pegadiza, vasos vacíos y bailes entremezclados con risas. Los cristales se empezaban a empañar, contrastando el frío invierno con el verano que sucedía cada noche en el interior, y la planta inferior se inundaba de personas como casi todos los fines de semana. Sábados noche, las únicas horas en las que los problemas se disipaban con el gas de las bebidas. Todos eran una copia perfecta como por rutina de algo que exprimíamos con fuerza y a la vez, miedo a agotar, nuestra juventud.

El alcohol iba recorriendo las cabezas hasta dar con los pensamientos más recónditos de cada mente y expulsándolos como secretos atesorados durante años en los rincones supone el cerebro. Yo también había bebido, pero no tenía un ciego que me impidiese ver lo que sucedía, y gracias a ello me topé con unos ojos que lamian mi figura hasta desgastar su sombra.

Yo hice lo mismo con la suya con el fin de devorar algo más que los restos de las luces. Sin embargo, faltaba elixir y sobraba vergüenza. Esperé bajando a por más cubatas junto a un par de amigas para poder abrir paso. Al llegar a la barra comenté lo que ocurría con aquel tipo del que ni conocía el nombre, pero rondaría nuestra edad.

Me empujaron a entablar conversación con él, y no opuse tanta resistencia como arriba. El escuchar opiniones ajenas de mis iguales fue el estímulo que faltaba para mover mis pensamientos apelotonados a las acciones y vaciar el miedo de mis bolsillos.

Entre mis negativas hacia acercarme a él estaba mi reciente ruptura con Sergio, uno de los siete chicos de la pandilla presente en la zona opuesta a donde me sentaba en la mesa, evitativo conmigo por ser la parte que no quería dejar la relación. O los consejos de mi madre, abuelos, vecinos y personas más mayores, para no hacer cosas así, junto al juicio razonable de no irme con un extraño a solas durante un periodo de tiempo, aunque fuese corto, entre otras. Sin embargo, los grados de la ginebra subieron las ganas y finalmente me deshice del peligro por completo. Me sentía libre y con cierto poder hirviéndome en la sangre.

Su mirada al ponerme frente a él imponía con un azul tan profundo que ahogaba, pero bastaron pocas palabras, un intercambio de nombres y un puñado de risas para fiarme de él y saber que me atraía.

Nos perdimos dos callejuelas más abajo, conociendo datos pequeños del otro mientras caminábamos. Hugo jugaba al rugby, de ahí su corpulencia, estudiaba una ingeniería de no sé qué en Santiago de Compostela, porque todas siempre me han parecido iguales, y tenía un hermano pequeño en primero de bachillerato. Me gustaron sus ojos, su corte de pelo y su mandíbula, pero sobre todo su humor de risa barata, y todo eso fue suficiente para vencer a los pensamientos negativos de lo que estaba haciendo en aquellos instantes.

Nos deshicimos del frío a golpe de beso y mis labios perdieron espesor de su carmín por compartir cariño, pero mereció la pena. Nos despedimos al llegar al bar y dividirnos en nuestros respectivos grupos, pero las miradas continuaron en su juego de cruzarse.

Mis amigas necesitaban un informativo de cómo había ido, y tuvieron la exclusiva al momento. Fuimos al baño aprovechando la situación y se lo conté. Todo bien. Aunque éramos seis, cuatro de ellas tenían novio, y al mismo tiempo que yo estaba fuera sucedieron algunos altercados menores más lejos de los celos o la atención que recibían por parte de sus parejas.

Todas se alegraron por mi y aprovechamos para ir al servicio. Como salí antes un par de muchachas se encontraban consolando a otra que estaba llorando al lado del espejo. Ofrecí pañuelos y quise ayudar. Lo que no conocía era el motivo, hasta que me mantuve a su lado.

Estaba desconsolada porque unas fotos tuyas desnuda estaban siendo compartidas a través de las redes sociales entre varias personas. Las había pasado a su pareja varios meses atrás cuando ella se encontraba de erasmus y la distancia se interponía en la relación. Jamás pensó que él pudiese hacer algo así, y menos con ella, pero a lo largo del tiempo la estabilidad de la relación se deterioró y acabaron en una fuerte discusión de la que él salió muy cabreado. Su venganza particular era hacerla daño de la forma más ruin que existía, extinguir su intimidad y marcarla bajo la vergüenza.

Se había enterado hacia cuestión de minutos, y temía que gran parte del bar se enterase. A pesar de que la solución estaba pautada, ir a denunciar a la policía el altercado, el dolor duraría más tiempo que las medidas legales. Ella sería la chica de la foto más de lo que imaginábamos si aquellas imágenes llegaban demasiado lejos, y por desgracia, era fácil que se distribuyesen por las redes y los cotilleos hasta enredarse en la memoria de muchos.

Era tan injusto que aunque nos avisasen de que pasar *nudes* era peligroso por posibles consecuencias como estas, la confianza hacia la persona que te acompaña en tu vida sentimental es más alta que los riesgos. El amor es capaz de poder con todo, tanto como el odio.

Salí del baño con el estómago revuelto y la cabeza infectada de ira, era tan injusto ser un pedazo de carne amasada por las críticas y devorada por los errores. Me dejó una lección con regusto a rabia. La culpa posiblemente la sepultaría hasta la tumba y la reacción de sus seres cercanos sería antes un “¿cómo se te ocurrió hacer algo así?”, antes o sustituyendo a la comprensión y

tacto que necesitaría ella en esos momentos. Nos educan para ser perfectas y precavidas, como detectives de los errores, y no para aceptar los fallos ni manejar sus resultados.

Regresamos con el resto del grupo y note el ambiente tenso. Otra mirada me rociaba sus sentimientos por encima escondiéndose entre las luces de neón. Era la de Sergio y lo que capté como decepción. No lo entendí, no éramos nada más que exnovios, ningún vínculo de lealtad me ataba a él, más allá del respeto. No obstante, él no lo entendió en el mismo sentido que yo. Percibía lo que hice con Hugo como una traición y sus amigos le respaldaban, como un abrazo con brazos para él y espalda para mí.

Me separé minutos después porque la presión estaba siendo mi achuchón hasta rascarme las costillas y abollarme los pulmones. Algunas de mis amigas comprendieron lo que sucedía y bajaron conmigo al piso inferior, otras por no hacer de un problema mío un asunto grupal de división interna.

Lo que se estimaba como una gran noche se había oscurecido ensuciada por la ira y los nervios, pero lo que no percibía era que su proporción de sombras se comería toda luz. Me calme y seguí con la fiesta, tratando de olvidarlo y centrándome en mí.

Pasaron tres cuartos de reloj hasta que mi espalda se topó con la de Hugo y respiré, me dio seguridad. Sin embargo, él no se dio cuenta de que era yo la que le tocaba la espalda con la mía. Antes de hacer sonar mí voz, la suya me silenció, él había ligado con otra chica hasta llegar a mantener relaciones sexuales en la calle, cosa que no me importó como suceso, pero sí por la forma en la que se lo contaba a su amigo. Alardeaba de ello como si no fuese la misma persona que conocí tres horas atrás. “Me la follé, gemía como una perra. Tuve que tapparla la boca para que no se enterasen los vecinos. Una zorra, más atrevida que la anterior. Pero... Me dejó satisfecho, una gran noche.” Su compañero le confirmó lo que fanfarroneaba. “Tío eres el puto amo.”.

No me lo creía, todo parecía confundirme en la noche. Nada era lo que parecía, como un teatro con máscaras quitadas. No se lo quise contar a Marta, Eva y Silvia, aunque su respuesta sería que es un cabrón. Deseaba que lo que

quedaba de velada amainase lo anterior y me pudiese llevar media sonrisa y un par de bailes alegres a casa.

Actúe como si no hubiese pasado nada y me centré en la música. No obstante, todas las canciones me trajeron de vuelta mi ira. Las de Bad Bunny, Anuel u Ozuna, me recordaban el tamaño de mis tetas, cómo debía menearlo y que gracias al maltrato me puse bella. Sin embargo, las normalizábamos, haciéndolas caso. Movíamos los cuerpos a su son, y algunas hasta el culo como objetos con los chicos. No lo había pensado tan fríamente hasta el momento.

Decidí marcharme a casa y olvidar con Morfeo todo lo sucedido. Suspiré pero el aliento se me detuvo al ver a Sergio bajar más cabreado que como estaba antes arriba y agarrado por Héctor, su mejor amigo insistiéndole en que se detuviese. Aunque el alcohol le había calado lo suficiente para hacer de su saliva veneno.

Gritaba “puta” en mi nombre y me buscaba entre la multitud con un dedo acusador y los ojos encerrados en la densidad de su enfado. No podía más, se había condensado demasiada ansiedad en el lugar donde guardaba parte de mis mejores recuerdos, y un exceso de ansiedad llegó a su pico en lágrimas y un corazón tan agitado como partido. Ellos por ligar con muchas eran los putos amos, mientras que nosotras por la misma acción éramos solo putas sin ser dueñas de nada.

Hui, a día de hoy no sé cómo pude ser capaz en aquel estado, pero sucedió. Regresé acompañada a casa por mis amigas ayudándome a invocar la paz y desterrar una culpa sin razones de mí. El *eyeliner* era un borratajo difuso entre la piel, el pintalabios se volvió sangre de morderme las comisuras de los labios, que ya no contenían ningún beso, y el brillo de mis ojos se hizo lágrimas. Cambié la elegancia del negro por un luto por lo que jamás volvería.

Tras esa noche el bar de siempre no volvió a ser el de siempre, los amigos de siempre se desconocieron y yo misma perdí una parte de mí, mi juventud había dado un paso acelerado hacia la madurez.